

las canciones modernas y avanzase al compás de ellas mismas, sin preocuparse de la longitud de la jornada, ni del estado de los cuerpos, rendidos ya por los supuestos anteriores; son hombres vigorosos, son jóvenes resistentes, son..... españoles en alma y razonar.

Un alto hay en la marcha, las vendedoras pregonan su mercancía: «Aguadora, agua. ¿Una pastita? ¿Una copita de vino?», y formando grupos bien pequeños rodean las cestas que contienen chucherías a gravel.

Suena un pito, organizase de nuevo la columna y van pasando kilómetro tras kilómetro hasta la entrada al pueblo; ciérranse las distancias, únense los hombres y con paso marcial y en silencio se hace la entrada en la Plaza, en la que algunos pequeños, descalzos y mal vestidos, corren de un lado a otro gritando: «¡Ya vienen, ya vienen!»

Se hace un silencio sepulcral, se escucha la voz del Jefe que ordena: «Rompan filas. Mar», y las voces de alegría y entusiasmo resuenan en todas las calles, las tiendas abren sus puertas, en las que se amontonan los alumnos, las vendedoras voccean con más fuerza y aquella tranquilidad tan monótona y pueblerina es interrumpida por el reír y gozar de aquella juventud valiente, de aquellos hombres infatigables, y la ola de



Los alumnos levantan de las tiendas de campaña para establecer el vivac.

vida, se extiende en todas direcciones, penetra en todos sitios, reparte su alegría y a más de un corazón lleva recuerdos dulces. Una joven piensa en su amor ausente que a servir el compromiso sagrado con su Patria marchó no ha mucho, y una viejecita sonrío con beneplácito pensando en su hijo que también se fué.

¿Qué importa nada? ¿Quién piensa en cosas tristes? Todo el mundo ríe, que hoy es día de fiesta en el pueblo y las más garridas mozas abrieron sus arcas para lucir sus pañuelos de talle de mil colores que sólo lucieron el día de la función.

—¿A dónde van *ustés*?—demanda un mozo a un grupo de alumnos.

—A comer y a poner las tiendas de campaña—le responden.

—¿Volverán *ustés* pronto?

—Así lo creemos.

Y de nuevo resuena un pito y en la plaza se agrupan las diversas secciones y el regimiento marcha por aquellas calles hasta salir a la carretera y ganar la explanada en la que han de vivaquear.

En pocos instantes se forman los pabellones de armas, se cosen las lonas, se clavan los piquetes y las tiendas quedan



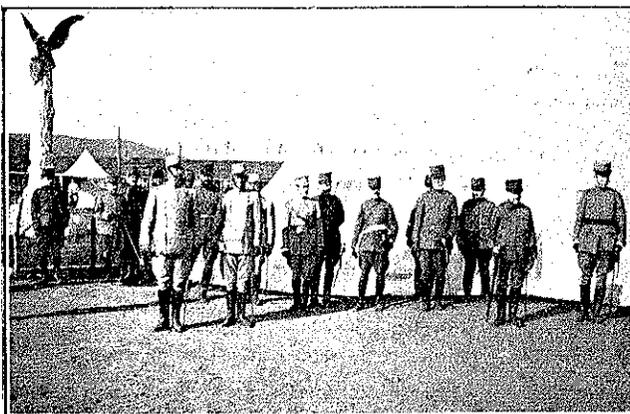
El cardenal Guisasaola con los generales Weyler y Riera y el coronel Marzo, presenciando el ataque.

montadas todas idénticas y simétricamente colocadas. El aspecto del vivac es muy lindo, a 100 metros a duras penas puede conocerse que allí existe un montón de hombres, dispuestos a acudir prontamente al sitio donde su presencia necesaria fuese.

En el interior de estas casitas campestres se agrupan 16 hombres, y entre sus piernas sostienen el plato de cartón que contiene las viandas que el carro trajo. Hay en la comida gracia a discreción, chistes sin fin, cuentos en gran número, y entre trago y trago, resuena la carcajada y la felicidad que se respira. El supuesto táctico está tan bien tramado que todo el mundo cree encontrarse en campaña y por sus venas corre con más vigor que nunca esa sangre generosa y valiente, esa sangre gloriosa de españoles, esa sangre noble de los dignos sucesores de Ruiz, y el que más y el que menos dispuesto está a combatir con fiereza y a ejecutar mil actos de heroísmo.

Los pobres del pueblo y los golfos que tras la columna vinieron, se agrupan rodeando el carro para recoger lo que quedó, y es digno de una fotografía el cuadro triste de la vida real que allí se nos presenta. Se empujan, se aprietan, gritan, se enfadan por ser los primeros. Una muchacha saca un plato de arroz y sobre él se precipitan un montón de mujeres, delgadas, hambrientas; es la necesidad que es dueña y señora de estos pueblos. Y en tanto que se escucha una canción que de una tienda sale, se oyen las frases de lucha por aquel trozo de comida.

Hay permiso para dormir un rato, ¿pero quién se encuen-



Los ilustres visitantes del campamento, presenciando un desfile.